

Reclinada en su lecho secular de ruinas, durmiendo el estéril pero glorioso sueño de los recuerdos, arrastra su fatigosa existencia la ciudad de los concilios, que a pesar de su pasada grandeza y de los infinitos monumentos que por doquier la pueblan, ofrece a los ojos del viajero que se traslada a ella desde las populosas y activas ciudades del siglo en que vivimos, el triste aspecto de una ciudad abandonada, que vive solo de las memorias de su pasado esplendor.

Y sin embargo, hay días en la vida monótona y triste de su venerable ancianidad, en que parece recobrar todo el vigor de su lozana juventud. Cuando el sentimiento religioso que por todas partes inspira la ciudad de Santa Leocadia con sus numerosos e históricos templos, se alza en medio de las solemnes ceremonias de su primada Iglesia, Toledo cobra animación y vida; y lo mismo en la época en que el poderoso aliento del vapor, la enlaza con el resto de España, que cuando el viaje era largo y penoso, multitud de forasteros propios o extraños llegaron siempre hasta de remotos confines para asistir a los sagrados ritos, en la católica ciudad de San Ildefonso.

La Semana Santa presenta en Toledo uno de estos cortos instantes en que la antigua sultana de Castilla, embellecida con los reflejos de la divina luz, recobra animación y vigorosa vida. La fama de las ceremonias con que recuerda en esta tristísima semana la divina epopeya del Calvario, remontase a muy lejana época, y aunque en ellas pueda encontrar también el viajero observador con marcadas señales su decadente grandeza; todavía sin embargo ostentase imponente, majestuosa, grande, por más que en alguna de las costumbres de esos días pudieran irse introduciendo acertadas modificaciones, aun a riesgo de que perdiesen su tradicional recuerdo.

Nada comparable al místico efecto que en las naves de aquella catedral, que ya por sí sola es un verdadero poema del arte cristiano, produce el gran canto de

las *tinieblas*, y las tristísimas melodías del *miserere*. Nada comparable a la magnificencia que ofrece el Jueves y Viernes Santo, al celebrar el primado de las Españas con su numerosa corte de dignidades y asistentes, cubiertos de riquísimas vestiduras, las imponentes ceremonias de la Iglesia, así en los oficios, como en el lavatorio, en que a imitación del Redentor del mundo besa los pies de doce pobres vestidos con blanquísimas túnicas. Pero donde Toledo presenta más originalidad, aunque no mayor motivo de admiración, es en las renombradas procesiones, en las que sin embargo puede percibir el erudito observador los últimos destellos de aquellos célebres autos sacramentales, que contribuyeron a inmortalizar los nombres de los primeros poetas españoles en las pasadas centurias. Las procesiones con sus *pasos*, grupos de escultura de diferentes épocas, y a la verdad de escaso mérito artístico, no son más que representaciones mudas, pero elocuentes de las diversas escenas de la pasión suprema de Nuestro Redentor.

La devoción y la fe de nuestros mayores, multiplicó estos actos con todo el fervor de su cristiano celo nunca entibiado, y además de las procesiones que todavía subsisten, salía el Miércoles Santo otra del convento de San Juan de los Reyes, por la cofradía del Santísimo Cristo de la Humildad. La *Oración del Huerto*, con los apóstoles dormidos, y la *Escena del Improperio*, representando a Jesús en el acto de recibir la sacrílega bofetada, eran los dos *pasos* o grupos de escultura que conducían en ella, acompañado el primero por los gremios de albañiles y carpinteros, y el segundo por los dedicados a la industria de la seda, continuando después el Cristo de la Humildad dispuesto a la crucifixión, cuya escultura acompañaban los religiosos de San Francisco, terminando la procesión una Dolorosa y un Crucifijo. Pero como acertadamente manifiesta un escritor toledano de nuestros días, de quien tomamos esta noticia¹, todos estos

< El Cristo de las Aguas: uno de los pasos en la procesión del Jueves Santo en Toledo.

pasos fueron reducidos a cenizas por los franceses en su asoladora invasión, salvándose apenas algunas imágenes de aquel inútil y profanador destrozo.

En cambio, aún se conserva la procesión del Jueves Santo, costeada por la cofradía de *Vera-Cruz*, piadoso instituto, que no falta quien pretenda remontar a los tiempos del Cid, asegurando que el héroe castellano fue su fundador. El Grupo de la Cena, por desgracia mal representado y peor vestido, forma su primer paso, que conducen los gremios de albañiles y carpinteros a los que siguen los de la industria de la seda, llevando el de *Jesús con la cruz a cuestras* ayudado por el Cirineo. De mejor talla el *paso* de la Elevación de la Cruz, grupo compuesto de muchas figuras, no sin buen arte agrupadas, es conducido después, precedido de una estatua de Moisés con las tablas de la ley, como para indicar la unión y enlace del Antiguo y Nuevo Testamento, el periodo de las santas profecías y el de su sagrada realización. El Crucifijo llamado de *las Aguas* continúa luego, devota imagen a quien la tradición supone aparecida en las ondas del Tajo, circundado de resplandor celestial e inmóvil en el centro del río, allí donde las fuerzas de las corrientes hubieran debido arrastrarle. La cofradía de la *Vera-Cruz* fue la única que logró atraerla a la ribera, pues según las palabras de la tradición misma, se apartaba de todas las comunidades e institutos religiosos que procuraban acercarlo a sus orillas, y desde entonces, la afortunada cofradía se hizo cargo de la milagrosa imagen, que conducida a la iglesia del Carmen, levantada en el mismo paraje de la antigua iglesia muzárabe de Nuestra Señora de Alficén, permaneció en ella, hasta que habiendo sido incendiada la iglesia en el décimo año de nuestro siglo por las tropas francesas, se trasladó a la Magdalena, donde subsiste en la capilla de la Consolación, levantada en el siglo XVI, por el cura de la parroquia don Bernardino Villanueva, en la que también se conserva un arbitrario y mal pintado retrato del Cid, como fundador de la cofradía. La venerada imagen de tosca pero vigorosa escultura, que recuerda el arte del siglo XIII, y que probablemente debe su nombre al tradicional origen que dejamos apuntado, es conducida por los diferentes hermanos de la cofradía, que alternan en este codiciado honor. Un *lignum Crucis* y una *Dolorosa*, cierran la procesión; y apenas terminadas las diversas emociones que en el viajero produce, encuentra al siguiente día la que sale de la parroquia muzárabe de Santa Justa, a expensas de los hermanos de la Soledad.

Siguiendo la narración cristiana en estas devotas representaciones, forma su primer paso el *Descendimiento*, grupo de grande altura y mediano arte a que acompañaban a manera de penitentes el gremio de sastres, vestidos con ajustado calzón de terciopelo y media de seda negra, túnica corta de holandilla del mismo color sujeta a la cintura, y un gorro piramidal con caída a la espalda y antifaz, extraña mascarada a que el vulgo llamaba *mariquitas las negras*, y que iba precedida de pito y tamboril enlutados, arrastrando en el centro de ella uno de los encapuchados una bandera, en que iban pintados el sol, la luna y las estrellas. Esta extraña ceremonia, en que se confundían en raro simbolismo los recuerdos cristianos con las prácticas guerreras de la edad media, en los entierros de los capitanes ilustres muertos en batalla, fueron acertadamente suprimidas, pues como acontece a menudo en tales casos, la libertad de la máscara daba origen a que la irreverencia ocupase el lugar de la devoción. Después del *Descendimiento* continua una cruz sencilla como indicando la soledad del sagrado madero despojado de su divino cuerpo, y tras de ella es conducido el Sepulcro rodeado de veinte y siete *armados* con yelmos, petos y espaldares, toneletes, espadas y alabardas, en los que se quiere representar la guardia de soldados que pusieron al sepulcro del Salvador, aunque con más fe que conocimientos de indumentaria, vayan vestidos los soldados romanos con trajes que solo debieran usarse quince siglos más tarde. En medio de esta lujosa guardia y conservando también en extraña pero disculpable amalgama recuerdos guerreros de la edad media, camina el llamado *maestro de campos* con armadura completa, colete de ante y cetro de madera en una mano, y no lejos el alférez y el abanderado con la lanza y el pendón arrastrando: recordando también a los pajes de la misma época va un niño armado con rodela, y otro llamado *Morrillel*, sin yelmo pero con bacinete en la cabeza, rodela y espadín y el rostro cubierto con un velo, figura extraña cuyo simbolismo ni cuya razón histórica, podemos comprender. Toda esta comitiva que va incesantemente recorriendo el *sargento* con la punta de la alabarda hacia la tierra, que no ha de tocar hasta llegar a la catedral en que la vuelve, está formada por los industriales de la seda, de los que el más antiguo es el jefe por derecho propio. Después del breve sueño que el Salvador del mundo debía dormir en su sepulcro, representado como va dicho en la procesión, sigue la última escena de aquel divino drama, la soledad de la Virgen

madre, simbolizada en esta ceremonia por una devota imagen de la iglesia de Santa Justa. Trompeteros vestidos con amplios sacos negros turban tan solo el solemne silencio que reina en las calles de Toledo, para anunciar el paso de las procesiones.

Después, solo se ven por donde quiera grupos de fieles visitando los sagrados *monumentos* en los templos de la ciudad, y el viajero abandona los recuerdos artísticos e históricos que la ciudad del Tajo por donde quiera guardan, a los que sustituye la religiosa meditación que despiertan en su espíritu tan tristes días.

Muchos y varios son los *monumentos* que guardan el Sagrado Cáliz en los templos toledanos; pero a todos oscurece el suntuoso de la catedral, que fabricado por orden del cardenal don Luis de Borbón, trazado y dirigido por el arquitecto don Ignacio Haam con estatuas de don Joaquín Arali, don José Antonio Tolch y don Mariano Salvatierra, se alza en el Crucero, destacado sobre un riquísimo pabellón de seda encarnada prendida a lo más alto de la bóveda con un colosal anillo. Glasé de oro forma su cenefa con un largo fleco del mismo metal, y salpican toda su extensión cerca de trescientas estrellas también de oro de peso cada una de media onza. Costosa colgadura de terciopelo carmesí con iguales adornos cierra los lados, y para iluminar en su mayor elevación tanta riqueza, recordando las antiguas cruces pendientes y coronas de luz de los primeros siglos de la edad media, cuelga en medio de la nave de un grueso cordón de seda una gran cruz de bronce dorado de más de cinco varas de altura, cruz completamente iluminada por doscientas veinte y dos luces que le dan el aspecto, en medio de la tibia claridad de la iglesia, de una cruz de fuego.

El *monumento* a pesar de su excesivo coste, de su grande altura, su empinada escalinata, columnas corintias y estatuas de guardias y ángeles, demostrando el predominante gusto greco-romano de la época en que se hizo, forma desacorde conjunto con aquel templo de la mejor época del arte cristiano; y si la riqueza y esplendor que ostenta llaman por un momento la atención del viajero, el artista deplora que las enormes sumas² invertidas en aquella fastuosa mole, no se hubieran gastado con mejor acuerdo en una obra que correspondiese al místico sentimiento, que respiran las ojivales bóvedas de la catedral toledana.

Terminada la visita de los *monumentos*, el silencio más solemne reina en la ciudad de los concilios. Las miste-

riosas memorias de lo pasado acuden en tropel en día de tan santos recuerdos, en aquel pueblo que difundió desde los primeros siglos del cristianismo la sagrada creencia a toda España, y en el que se conservó siempre la pura luz del Evangelio, aun en los tiempos de la dominación sarracena, sostenida por santos preladados modelos de caridad y de virtud.

No turbemos la meditación de tan solemnes días con investigaciones artísticas. Dejemos a los genios de lo pasado en el secular sueño en que duermen envueltos en su manto de ruinas. El alegre día de la resurrección vendrá en breve, y entonces libre el espíritu del duelo con que el recuerdo de la divina pasión lo cubre, podremos demandar a la ciudad de don Rodrigo su pasado, y las memorias de remotos días, a las páginas de piedra de sus célebres monumentos.

*Pobre, desierta, triste y olvidada
hundidos va los pies entre la arena,
allí yace Toledo abandonada,
agotada del viento y del turbión.
Mal envuelta en el manto de sus reyes
Aún asoma la frente carcomida;
Esclava sin soldados y sin leyes,
Duerme indolente al pie de su blasón.*

Zorrilla.

Así describe el inmortal trovador de nuestro siglo el triste estado a que se halla reducida la imperial ciudad de las orillas del Tajo, y sus sentidos versos acuden a la memoria del viajero al contemplar el triste aspecto de la codiciada sultana de Castilla. El tiempo al pasar sobre ella la ha ido arrancando el riquísimo manto de su esplendor pasado; y sin embargo ha sido impotente para despojarla de la eterna aureola de recuerdos, que sobre la ciudad se eleva, como si todavía, aunque abatida y débil, sólo pudiese respirar la atmósfera de grandeza y de gloria que la rodeaba en los días de su opulencia y de su juventud. El poeta, el historiador, el artista, cuantos conservan en su corazón la sublime llama del entusiasmo por todo lo que es bello y grande, encuentran en el recinto de la ciudad de los concilios un mundo entero de impresiones que cantar, de grandezas que describir, de poéticos cuadros que componer. Los genios del pasado

que duermen entre sus seculares ruinas, tienen para cada uno tradiciones poéticas, tristes o caballerescas, acontecimientos de profunda enseñanza o escenas y paisajes sembrados de monumentos, que encierran todos con su pureza primitiva, y sin que el tiempo haya podido ni empañarlas siquiera, el radiante cuadro de su historia.

Para ellos Toledo renace de entre sus ruinas, y carpetana o émula de la metrópoli del Tiber, goda o sarracena, cristiana y poderosa siempre, les va presentando alternativamente sus recuerdos primitivos, sus aras y sus anfiteatros, sus basílicas y palacios, sus mezquitas y harenes, sus templos católicos y sus robustas fortalezas, como gigantes decoraciones de un glorioso teatro cuyos actores fueron, héroes y mártires, sabios y poetas, reyes y emperadores.

No nos pidáis en estas líneas la historia de Toledo, ni la descripción de sus múltiples monumentos. El viajero que apenas ha tenido tiempo para sentir, mal podría hoy narrar. Vamos a presentar únicamente las impresiones que en nuestro espíritu produjeron las venerandas ruinas y los elocuentes monumentos de aquella ciudad, que ocultando sus orígenes entre los mitos de la fábula, apenas nos permite distinguir si sus primitivos pobladores fueron celtas, griegos o indígenas, pero que ya con la luz de la historia hace desfilas a nuestra vista en rápida marcha, ora las poderosas águilas romanas engrandeciendo la *pequeña y fortalecida ciudad*; ya los visigodos con su informe séquito de crímenes y grandeza, resplandeciendo sin embargo sobre ellos la eterna luz del Evangelio; ya una tras otra sabias generaciones de santos preladados, difundiendo en los toledanos concilios la sagrada doctrina; bien los vicios de aquella raza llamando sobre España los hijos del Islam; o los sectarios del Profeta tremolando sobre los muros de Wamba su victoriosa enseña, pero dejando a los *mozárabes* su culto, sus costumbres y su creencia. Tras de ellos dilátase largo periodo de opulencia y desórdenes por enseñorearse de la ciudad querida. Terribles dramas de ambición y de orgullo termínanse con sangre siempre dentro de sus muros: reyes, aunque infieles, caballeros y nobles, vienen después para dejarla de nuevo con su muerte en las contrabucciones que siempre siguen a los monarcas débiles e indignos, hasta que la victoriosa espada de Alfonso VI arroja para siempre de las orillas del Tajo a la morisma, y Toledo creciente en opulencia y esplendor bajo el centro de los monarcas castellanos, va recogiendo acaso la primera los frutos de la creciente civilización, para venir

más tarde a declinar por el inmerecido abandono de sus señores. Toledo aclama y victorea a dos de ellos alzados a los destinos del imperio, llora con el doliente,

Emperador de Alemania que fue

Orgullécese con las victorias de sus hijos, consérvase siempre digna en las turbulencias de sus sucesores y firme baluarte de las inmunidades de Castilla, y mártir del santo amor de la patria, levántase vencida pero grande siempre tras la terrible rota de Villalar.

Artista en todos tiempos, la ciudad que como la primada del mundo católico, se asienta sobre siete colinas y ve resbalar a sus pies un caudaloso río, no más fecundo que el raudal de su historia y de sus inspiradores recuerdos, como aquella, silla primada de España, ha recibido huérfana ya de reyes, el impulso de su imponente grandeza, de sabios y virtuosos prelados, que escribieron en ella la cifra de su nombre, con monumentos de su piedad o de su fe; y depositaria de las páginas de piedra que la fueron legando cien y cien generaciones, con ellas solas le bastaría para escribir la historia de su opulencia y el poema de su gloria, aunque hábiles cronistas no la hubiesen escrito, e inspirados poetas no la hubiesen cantado.

¡Vedla! Sobre altivo peñón, que ciñe en ancha curva caudaloso río, altura cortada en rápida vertiente sobre sus márgenes profundas, aparece Toledo según la expresión de uno de sus más elegantes historiadores: “blandamente recostada, descansando los pies sobre la mullida alfombra de su vega, y arrullada por el plácido murmullo de las corrientes, cuya risueña náyade semejara, si cien torres no coronaran su cabeza.” El viajero la contempla desde el puente de Alcántara, arábigo en su nombre y en su origen, pero que ya no es el levantado en tiempo de Hixem, de que apenas quedan vestigios, ni el reparado más tarde en el siglo X por Chalaf, sino el edificado en el siglo XIII por Enrique I con el impotente y almenado torreón de sus tres arcos, ojival el uno y de arábiga forma los otros dos, que dando entrada a la ciudad, conservan el recuerdo de los artistas mudéjares que lo levantaron, puente cuya restauración completa debiose a Alfonso X, de cuya época data el atrevido arco que recibe solo el poderoso caudal del río, dejando casi sin empleo los dos laterales que le constituyen, reparado el uno de ellos en el siglo XV.

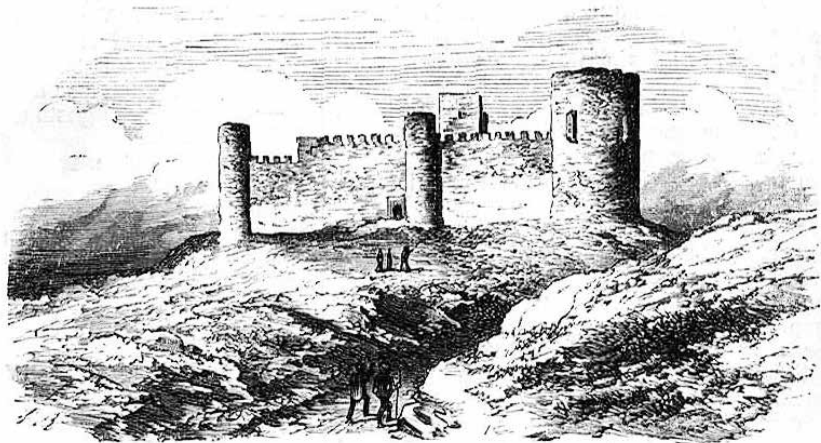
Ya ha pasado la puerta el viajero, y detenida apenas su atención en la plaza que en el otro lado de la puerta se extiende cercada de almenas, en los arcos mudéja-

res que abren subida al Norte y Mediodía de la ciudad, en la estatua de San Ildefonso y en el arco que al otro extremo del puente dejó el mal estilo del siglo XVIII, fijase su atención en el romántico castillo de San Cervantes o San Servando, con su planta triangular, su corona de almenas, sus gruesos cubos, sus arcos de herradura, su torreón del Norte, sus barbacanas de mudéjares labores, y el recuerdo de los monjes de Cluni, de los guerreros que le defendían más tarde, del valor de Berenguela, de la caballería sarracena, de los héroes del Temple, de las guerras de don Pedro de Castilla, de la protección del arzobispo Tenorio, y de los caballeroscos duelos inmortalizados por Calderón.

A la izquierda, asoma entre mares de lujosa vegetación, *la huerta del Rey*, donde el generoso Almenón, dio espléndido alojamiento durante su desgracia al que más tarde había de entrar en la ciudad como conquistador: todavía subsisten los restos de aquel magnífico edificio, con sus arcos encuadrados dentro de arábigos *arrabaas* y su romántico nombre de *Palacio de Galiana*, en torno de cuya poética creación, levanta la fantasía las sombras de Galafre, Bradamante y Carlo-Magno, gigantescas figuras de la exaltada imaginación que dio vida a los libros de caballería.

Si fijando la vista en la orilla del río llaman su atención unos arcos de sólida y maciza fábrica que abandonados en ella se levantan, diversos recuerdos excitarán su mente, y ejemplo fecundo de cuanto alcanza el ingenio del hombre, sostenido por el estudio en su lucha con la naturaleza. Aquellos arcos son todo lo que resta del famoso artificio de *Juanelo Turriano* que hacía subir el agua hasta los elevados patios del alcázar, máquina complicada que abandonada luego, se ha visto sustituida en nuestros días por otro sencillísimo mecanismo de uno de nuestros más distinguidos ingenieros³.

Casas de pobre apariencia agrúpanse en torno a la margen derecha del río, que tuerce su curso al Mediodía,

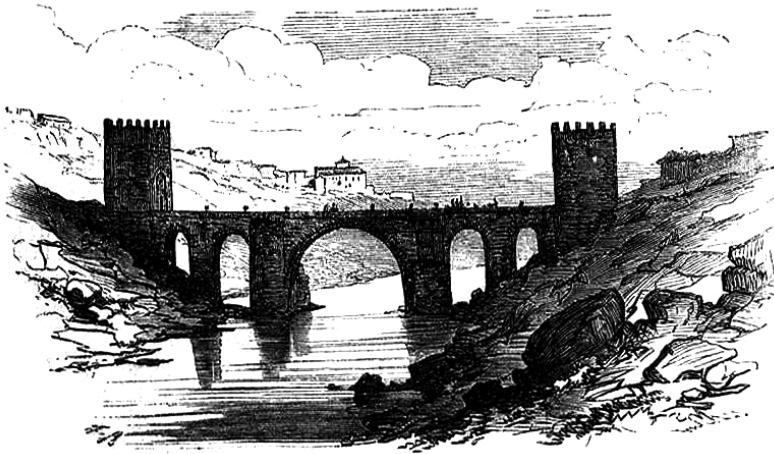


CASTILLO DE SAN SERVANDO.

impulsando las numerosas aceñas de su ribera, y entre aquellas modestas viviendas destácase la mozárabe iglesia de San Lucas, y los altos miradores de San Cristóbal; en las ríscosas pendientes encuéntanse aun los robustos cimientos de la aislada torre, levantada por el cristiano celo del arzobispo don Rodrigo para defender el paso del río, que en aquellos sitios y en remotos tiempos, si la tradición no miente, recibía entre sus ondas los cuerpos de los malhechores, que castigaba la justicia humana.

En su dilatada curva a la opuesta orilla, álzase entre breñas, como misterioso nido de divino amor la blanca ermita de la Virgen del Valle, y el recuerdo, y acaso las ruinas de los monasterios de Santa María de la Sisle y de Bernardos.

El caudaloso río declina hacia Poniente. Suaves colinas vestidas de arboleda y sembradas de modernas fábricas, sustituyen con el nombre tradicional de *cigarrales* a las desnudas breñas, y al frente destácase el soberbio alcázar y las afiligranadas agujas de San Juan de los Reyes, uniendo ambas orillas por esta parte, el puente de San Martín, que tomando su nombre de la contigua parroquia, parece haber sido modelo copia de su rival de Alcántara. Modesta lápida guarda su historia, y en ella puede el viajero encontrar, que destruido en los primeros años del siglo XIII, por la fuerza del río, el que en tiempo de Muhamad se levantara, y de que aún quedan



PUENTE DE SAN MARTÍN.

hacia el Norte machones de argamasa y los restos de la torre que lo defendía, reedificado en el siglo XIV, y víctima de los soldados de don Pedro o don Enrique en aquella fratricida lucha, debió su completa restauración y las torres almenadas que guardan sus opuestas entradas con recuerdos mudéjares, a la paternal solicitud del arzobispo Tenorio en los últimos años del siglo XIV. El siglo XVI dejó también en esta grande obra su recuerdo, colocando bajo el grande arco de herradura de una de las torres la estatua de San Julián, al mismo tiempo que, ignorándose la causa, demolía otra de las dos, que flanqueaban simétricamente el arco por donde se entra a la ciudad.

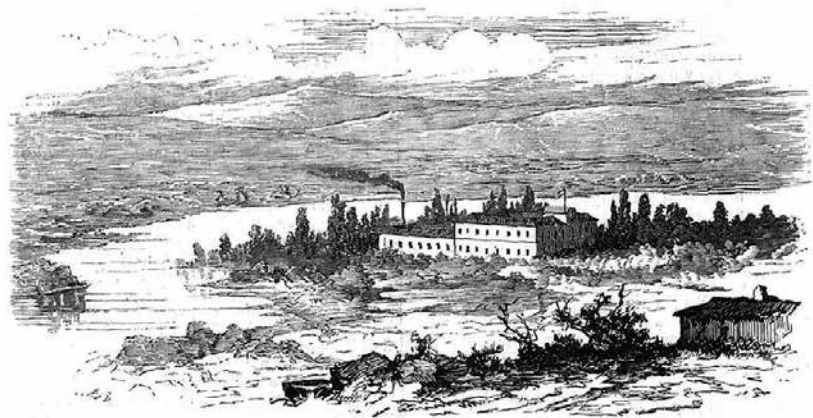
Todavía en este sitio hiera la imaginación del viajero otro vivísimo recuerdo que encarna una amorosa leyenda, la historia entera de la pérdida y la restauración de nuestra patria. La torre que aún se conserva del antiguo puente mahometano, abierta por sus cuatro frentes con arcos ya ojivales, ya de herradura, apoyados sobre columnitas, viene siendo designada por el pueblo con el nombre de *Baños de la Cava*, suponiendo que en aquel deleitoso paraje tuvieron lugar las primeras escenas de amor entre don Rodrigo y la infortunada hija del conde San Julián.

Monumento de mayor grandeza absorbe en medio de la dilata-

da vega la atención del viajero: su curvo ábside, adornado con cuatro órdenes de dobles arcos redondos o angrelados, indicio de una restauración del siglo XIII, y con moderna portada del XVIII, guarda la románica nave, sostenida por arcos planos, que se continúan hasta el suelo a modo de pilastras, de la antigua basílica de Santa Leocadia, humilde capilla consagrada en los principios del siglo IV con los restos de la insigne mártir, ennoblecida con las decisiones de los concilios, santificada con la resurrección momentánea de la virgen Leocadia en presencia de Recesvinto, y en la que duermen el eterno sueño príncipes y prelados. Por desgracia la cal encubre hoy las pinturas murales que acaso adornaron el sagrado templo,

no existe ya el primitivo *Cristo de la Vega*, con su brazo pendiente y desclavado, origen de poéticas y milagrosas tradiciones, y en cambio el atrio del templo rodeado de pórticos y convertido en cementerio de la catedral, sirve para conservar con los despojos de la muerte aquel venerando monumento, que guarda en sí la historia más fecunda de la ciudad.

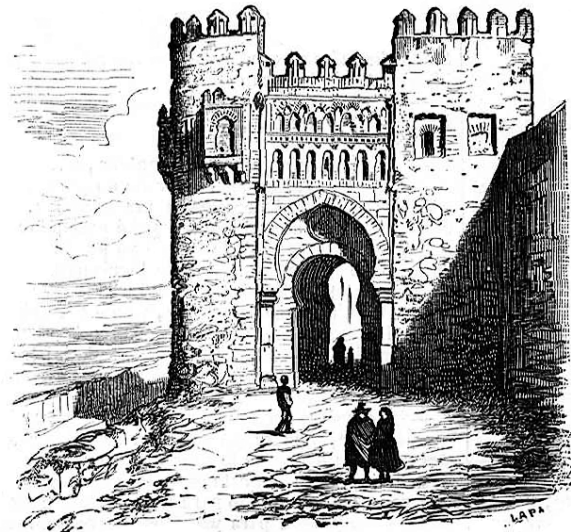
A los recuerdos de fe y santo patriotismo, sustituyen memorias de industria y de guerra otro edificio no lejano. Es la célebre fábrica de armas, en cuyo elogio ya emplearon los poetas romanos su numen, que sostenida sin decaer ni un solo día de su esplendor primero, ha fundido las armas con que la España de Almanzor y de Carlos V asombró al mundo con la fama de sus victorias.



LA FÁBRICA DE ARMAS.

Por la parte de la ciudad que deja sin defensa el río, apenas podrán encontrarse los recuerdos del romano circo, aunque en cambio existen los restos de los muros reedificados por Alfonso VI, y al que daban entrada al Norte la *Puerta de Visagra*, de nombre árabe o latino; al Este la de la *Almofalla* y al Oeste la llamada del *Cambrón*, sustituida acaso a la más antigua de Almaguera. La puerta de Visagra consérvase todavía, aunque tapiada, con su arco de herradura, apoyado en toscas columnas, sus dos más pequeños de ojiva tímica, sus saeteras y almenas, en el mismo sitio, si no es la misma puerta en que a mediados del siglo IX colgó el califa la cabeza del rebelde toledano Hisen.

No podrá, si todavía ha de recorrer el viajero los múltiples monumentos de la ciudad, detenerse en los almenados torreones que flanquean el muro por el lado del Poniente, ya sea el de los *Abades*, que defendió heroicamente el arzobispo Bernardo, ni en las puertas de Almaguera y del Cambrón, adornada ésta con la efigie de Santa Leocadia, ni en la de la Almofalla, ni en la moderna de Visagra erigida en el siglo XVI, blasonada con imperial escudo, enriquecida con la estatua de San Eugenio y mal restaurada en tiempo de Felipe II, por más que haya de detenerse en la segunda cerca, cuyos cimientos conservan el recuerdo de Wamba, para contemplar con más detenimiento la puerta del Sol con sus dos torreones, sus aspilleras, sus grandes arcos de ojiva tímica, y en el interior de herradura, y sus galerías ornamentales de enlazados y pequeños arcos, que acusan los últimos años del siglo XI en el árabe estilo. Contiguo a ella habrá también de detenerse ante una antigua mezquita sarracena convertida en templo católico, donde se venera el Cristo de la Luz, y donde celebró la primera misa Alfonso el Católico, para dar gracias a Dios de su triunfo; y mientras en vano buscará otro recuerdo de las soberbias mezquitas que en tiempo de los sarracenos sembraban la ciudad de don Rodrigo, podrá admirar magníficas sinagogas en que los descendientes del pueblo Deicida, lograron trabajarse en su ornato la raza musulímica que la protegía. Ejemplo de ello encontrará en Santa María de la Blanca con sus arcos de herradura y sus cinco naves sostenidas por cortas y octógonas columnas con caprichosos capiteles y labores del segundo periodo del estilo sarraceno, y en la sinagoga conocida después con el nombre de la *Virgen del Tránsito* erigida ya en tiempos de don Pedro por artistas mudéjares que cubrieron los muros de su única nave con prolijos adornos y leyendas



PUERTA DEL SOL.

de hebreos caracteres: tampoco podrá detenerse en el antiguo palacio de Samuel Leví, que guarda el recuerdo del célebre nigromante don Enrique de Villena ni en las árabes casas de la calle de *las Tornerías*, ni en el *Taller del Moro*, ni en *la casa de Mesa*, ni en tantos y tantos edificios particulares que conservan en mayor o menor escala los recuerdos de los delicados y prolijos alarifes musulmanes, si ha de fijarse en otros monumentos que como reyes del pasado dominan aquellas seculares ruinas.

El alcázar reclama ante todo su atención; cual toledano capitolio, fortalecido por los Alfonsos y Fernandos, embellecido por don Juan II y los Reyes Católicos, asentóse sin embargo sobre todas las antiguas fábricas el estilo del renacimiento en la época del Emperador. Allí dejaron muestra de su ingenio Luis de Vergara, Alonso de Covarrubias y más tarde Juan de Herrera; y sus patios y sus pórticos, sus almohadillados muros y sus severos cornisamentos, sobriamente adornados por los artistas, responden admirablemente a la grandeza del soberano restaurador.

No descienda nuestro espíritu levantado con los recuerdos de tan grande obra a examinar los restos de la Inquisición, que cerca de la Catedral muestra los últimos caracteres del arte en el siglo XV. Fíjese el ánimo con más agradable sentimiento en la abandonada Universidad, que por la protección del gran Lorenzana construyese de elegante gusto griego allí donde estaba antes el

ominoso edificio: fíjese también con gratitud en la casa del Nuncio, hospital de dementes, construida en el siglo XVIII, y que guarda el recuerdo del nuncio del pontífice Francisco Ortiz, clemente valedor de los infelices enajenados; y llevados del mismo sentimiento de caridad busquemos el hospital de Santiago, cuya primitiva fundación data del siglo XII, de cuya época aún conservan recuerdos, y en el opulento y magnífico hospital de Santa Cruz imaginado por el gran cardenal Mendoza, que conserva las huellas de los diferentes estilos que le dieron vida, sobresaliendo sin embargo el plateresco y el florido del renacimiento. Grandioso es aquel magnífico edificio, ya se examinen sus patios y galerías, ya su célebre escalera o su capilla.

De no menor importancia el hospital de San Juan de Afuera, guarda con el admirable sepulcro del cardenal Tavera, su fundador, el recuerdo de los buenos artistas de los siglos XVI y XVII, aunque alcanzando en su portada la lamentable decadencia del arte.

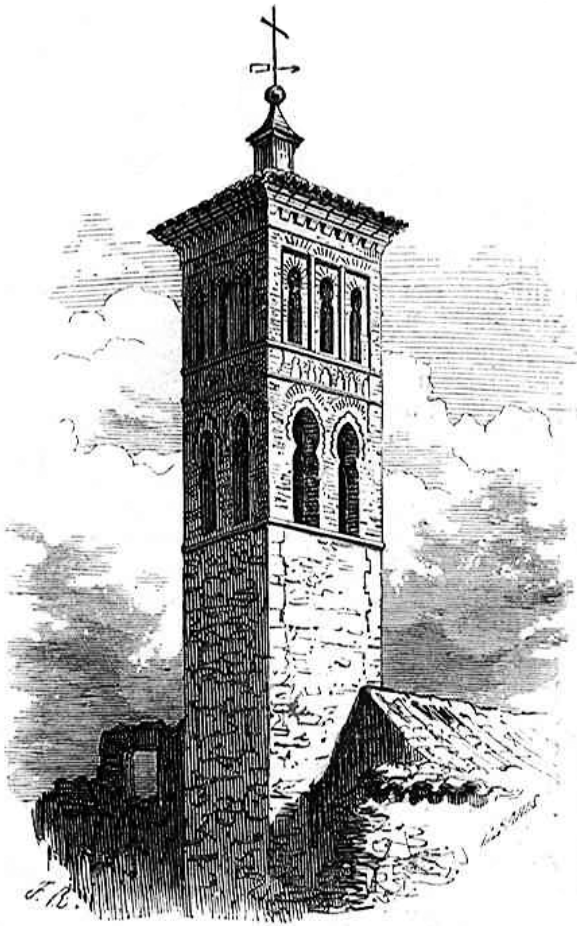
Pero si apartando la vista de los monumentos de caridad la volvemos a los templos católicos, apenas podrá abarcar ni recordar la fantasía el conjunto de recuerdos que evocan aquellos edificios religiosos, que se alzan por donde quiera en la ciudad del Tajo. La antigua y mozárabe iglesia de Santa Justa, renovada desde su erección por Atanagildo, guarda en su recinto, levantado por última vez en el siglo XVI, recuerdos de sus primitivas fábricas; San Sebastián, de no menos antiguo origen, conserva el recuerdo de los tiempos de Liuva, y su aislada torrecilla con arcos de herradura a orillas del río. Más allá, y siguiendo su variado curso, levántase la vieja torre y el curvo ábside de San Lucas, fundación del godo Evancio, los restos de aquellos remotos tiempos que se encuentran en las ventanas de San Isidoro, y en los ajimeces y realzados arcos de la de Santiago, y sus desiguales ábsides, y su ligera torre, y su interior románico, y su retablo de gusto plateresco, iglesia en cuyas naves aún se designa el púlpito desde el cual en los primeros años del siglo XV, hizo oír su inspirada voz el gran misionero valenciano San Vicente Ferrer. San Nicolás y la Magdalena, aunque renovadas en épocas de mal gusto, aún guardan notables páginas para la historia del arte, como sucede con su torre mudéjar y la ojival estrella de la capilla mayor con preciosos fragmentos de artesonados pintados de azul y oro. En la de la Magdalena llamará la atención así del devoto como del artista el *Cristo de las Aguas*, imagen de gran culto entre los toledanos. La

iglesia de San Miguel con su torre y la techumbre de sus naves, también de mudéjar estilo, recuerdan el antiguo monasterio del mismo nombre, ya célebre en la época visigoda; y San Justo guarda memorias del mismo artístico estilo, en el ábside y en el muro, demostrando cuánta fue la fecundidad y el uso que de aquellos artistas hicieron los cristianos en los siglos XIV y XV. En esta iglesia hallará el viajero, joya de incalculable precio, la pintura mural que representa arrodillado al célebre Juan Guas, inspirado arquitecto de San Juan de los Reyes. Nuevos ejemplos del mismo estilo mudéjar encontrará recorriendo los desiertos barrios de Mediodía, ya en la parte exterior de los muros de la iglesia de *Sansoles* o de San Zoilo, ya en la torre de San Cipriano, y recuerdo, aunque nada más de la esposa de Alfonso VII la iglesia de San Salvador, donde por ventura permanece intacta la capilla de Santa Catalina, que bien acusa la época de los Reyes Católicos, si ya no conservara en su friso el nombre de su fundador don Fernando Álvarez de Toledo.

En la parroquia de Santo Tomé podrá volver a admirar la majestuosa y cuadrada torre del repetido estilo mudéjar, y dentro de sus naves la obra maestra del Greco, representando el entierro del noble caballero Orgaz. La vecina torre de Santa Leocadia vuelve a demostrar el mismo gusto de los artistas mudéjares, y en las paredes de la derruida iglesia de San Juan Bautista y en las de San Ginés, también destruida, encontrará el anticuario importantísimos restos del arte visigodo, y sirviendo de cripta a la última la tradicional cueva de Hércules, obra romana de que en vano se pretende descubrir el destino.

Sobre todas, domina, sin embargo, la histórica iglesia de San Román con su torre mudéjar, casi idéntica a la de Santo Tomé, sus pilares con capiteles románicos, los rudos exámetros de sus muros, las lápidas de su pavimento, sus antiguas esculturas y su retablo del renacimiento lujosamente adornado, y la memoria de la fiel hazaña de Esteban Illán, y del precoz denuedo del niño rey, Alfonso VIII, a quien sirvió de refugio y fortaleza para recobrar su capital perdida.

Todavía habrán de llamar la atención del artista, del historiador o del poeta, el convento de San Clemente el Real, con su gentil portada plateresca, el colegio de doncellas nobles, fundado por el cardenal Silíceo, la elegante sencillez de las Capuchinas, la capilla de San José, con sus copiosas pinturas del Greco y las urnas sepulcrales de sus patronos, la iglesia greco-romana de las



TORRE DE SAN ROMAN.

Gaitanas, la de Santa Clara con sus retablos platerescos y sus sepulcros, y tantos otros que haría penosa nuestra reseña, entre los cuales no podemos dejar de mencionar el de Santa Isabel con su ancha nave ojival y su exterior de mudéjar estilo, el de San Pablo con excelentes cuadros del renacimiento y la urna cineraria del cardenal don Fernando Niño de Guevara, San Pedro de las Dueñas que remonta su origen a la época de los godos aunque no su fábrica de diferentes épocas, y el convento de la Concepción con recuerdos también mudéjares.

Pero sobre todos los edificios toledanos, domina por el tamaño imponente de su masa, la armonía de su interior y la riqueza de sus detalles, la magnífica Catedral, que no sin razón disputa la preferencia a las de León, Burgos y Sevilla. Su fachada principal o *imafronte*, con

sus dos torres la una terminada, la otra cortada a menos de la mitad de su altura con una cúpula de época posterior a la fábrica, levantándose su compañera con seis zonas de arcos ornamentales, arbotantes y agujas, y chapitel aunque más reciente no desacorde del todo de la obra, a la imponente altura de 324 pies, y sus puertas, la del *centro* o del *perdón* y las laterales del *infierno* o de *la torre* y del *juicio* o de *escribanos*, ofrece tanto que admirar en su conjunto de ojival estilo, mezclado con algunas adiciones hechas en posteriores épocas, que volúmenes enteros se necesitarían para describirla y narrar todos sus detalles. No menos riqueza guardan las otras cinco puertas laterales, ya las de estilo ojival de los *Leones*, del *Niño perdido*, y de *Santa Catalina*, la plateresca de la *Presentación* o la de orden jónico conocida con el nombre de *Llana*. Pero la admiración sube de punto al penetrar en el interior del templo y al mirar aquellas naves de la mejor época del estilo ojival, la suntuosa *Girola*, la Capilla mayor con su magnífico retablo de alerce, el coro poblado de relieves históricos, las notables capillas entre las que descuellan las de los *Reyes nuevos*, de *Don Álvaro de Luna*, *Muzárabe* y *Santa Leocadia*, las magníficas vidrieras del siglo XV, el suntuoso claustro con capillas y pinturas murales, la sala capitular y el riquísimo archivo de incalculable precio; y tantas y tantas joyas artísticas e históricas como en retablos, nichos, sepulturas, lucillos, ornamentación, alhajas y hasta en vestiduras sacerdotales, guarda aquel magnífico templo, fuente nunca agotada de impresiones para el poeta, de descubrimientos para el arqueólogo, de preciosas noticias y datos para el historiador, obra que por ventura aún subsiste desde que la levantó Fernando el Santo por consejo del insigne arzobispo don Rodrigo Giménez de Rada, allí donde se alzaba la grande aljama de Tolaitola, convertida en templo católico por el religioso celo de la esposa del conquistador Alfonso y del arzobispo don Bernardo.

No alcanzó igual fortuna el suntuoso monasterio de San Juan de los Reyes, uno de los más ricos y últimos monumentos del ojival florido, levantado por la piedad de Isabel la Católica, para perpetuar el triunfo de su esposo en la batalla de Toro, que aseguró en sus sienas la corona de Castilla, cuyo magnífico claustro así como la única nave de su iglesia, cubiertos uno y otra con las más ricas galas de dicho estilo, sufrió todos los horrores de la devastación y del incendio en el año de 1808 por *las tropas ilustradas del Capitán del siglo*. Por fortuna, pudieron preservarse la iglesia y parte del antiguo claustro, com-

pensando estos preciosos restos la pérdida del claustro moderno y de las demás salas del antiguo, devoradas por las llamas y el saqueo con los preciosos códices que enriquecían su biblioteca.

Al llegar a este punto, muévenos a terminar estas líneas su larga extensión. Y sin embargo, apenas hemos hecho otra cosa que indicar con la ligereza del viajero que atraviesa rápidamente la ciudad de los Concilios, los infinitos tesoros que avalora, su riqueza histórica, artística y monumental, tesoros de que a pesar de sus desgracias y de su abandono solo pudieran privarle los inescrutables decretos de la Providencia.

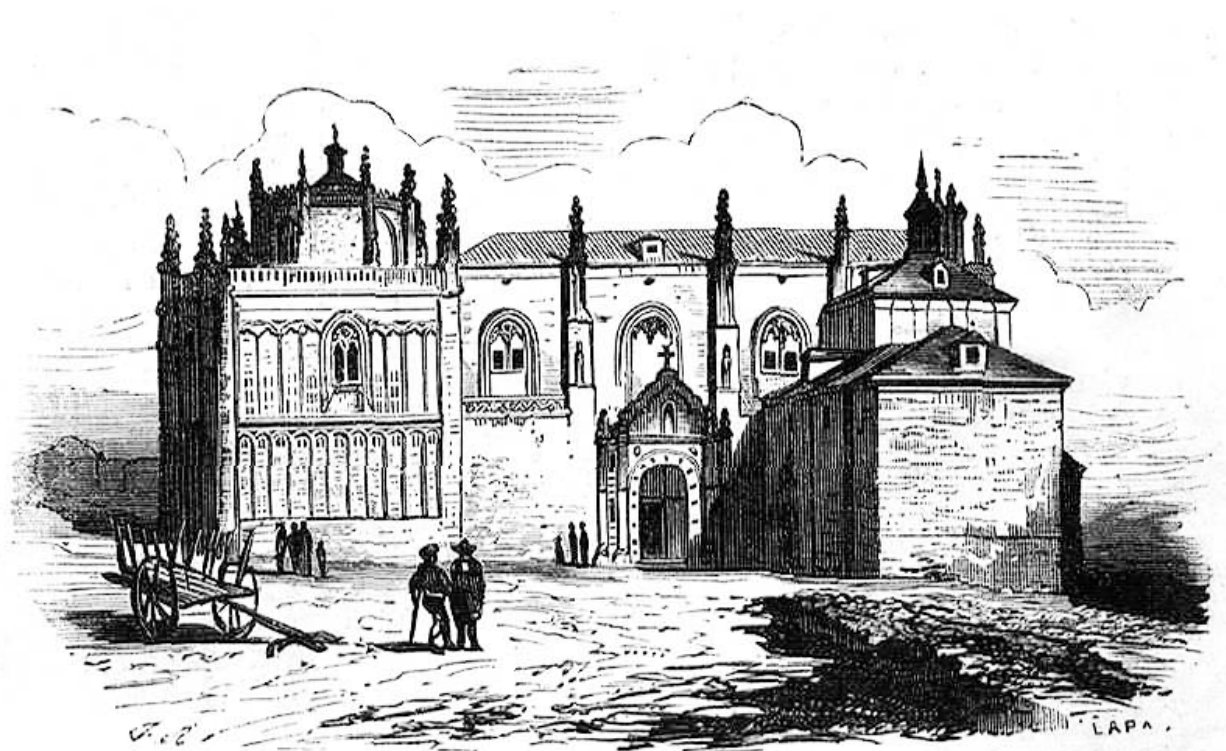
NOTAS

1 Don Nicolás Magán.

2 El coste de esta obra ascendió a 800.000 reales y otro tanto el del pabellón y colgaduras, de modo que se invertiría en todo la cantidad de 80.000 duros.

3 El señor Escosura.

* Este texto fue publicado en tres entregas en la revista madrileña *El Museo Universal*, en concreto en los números 15 (9 de abril de 1865), 16 (16 de abril de 1865) y 17 (23 de abril de 1865). Su autor, Juan de Dios de la Rada y Delgado (1827-1901), fue académico de la Real Academia de la Historia y profesor de la Escuela Superior de Diplomática en donde se formaron los archiveros españoles en ese periodo, llegando a dirigir el Museo Arqueológico Nacional, ya en los postrimerías de su vida.



SAN JUAN DE LOS REYES.